

Primera parte

I

Los dos jóvenes —ambos pertenecían a la clase funcionarial inglesa— iban sentados en un vagón de ferrocarril perfectamente equipado. Las correas de cuero de las ventanillas eran nuevas e impecables; los espejos de debajo de las rejillas del equipaje estaban tan immaculados como si hubiesen reflejado muy pocas cosas; la tapicería acolchada, de curvas lujosas y regulares, tenía un minucioso e intrincado dibujo amarillo y escarlata diseñado por un geómetra de Colonia. El compartimento olía vaga e higiénicamente a barniz; el tren circulaba con tanta suavidad —recordó haber pensado Tietjens— como los valores mercantiles británicos de borde dorado. Viajaba deprisa, pero si hubiese dado una sola sacudida o un traqueteo al pasar sobre las juntas de los raíles, salvo en la curva antes de llegar a Tonbridge o en el cambio de agujas de Ashford, donde eran de esperar e incluso se permitían esas excentricidades, Tietjens estaba seguro de que Macmaster habría escrito a la compañía. Tal vez incluso habría escrito al *Times*.

Su clase administraba el mundo, no sólo el recientemente creado Departamento Imperial de Estadística a las órdenes de sir Reginald Ingleby. Si veían a algún policía comportarse mal, a un mozo de cuerda maleducado, una calle mal iluminada, algún defecto en los servicios públicos o en países extranjeros, intervenían en el asunto, ya fuese con despreocupadas voces de Balliol,¹ o mediante cartas al *Times* en las que se preguntaban con peserosa indignación: «¿Acaso Esto o Aquello ha podido caer tan bajo?». O escribían, en cualquiera de las muchas revistas serias que todavía sobrevivían, artículos en los que se ocupaban de los

modales, las artes, la diplomacia, el comercio interimperial o la reputación personal de hombres de estado y literatos ya difuntos.

Es decir, Macmaster lo haría; de sí mismo Tietjens no estaba tan seguro. Ahí estaba Macmaster; bajito; *whig*; con la perilla negra bien recortada que llevaría un hombre bajito para realzar su recién adquirida distinción; el cabello negro y de fibra obstinada, domado con duros peines metálicos; la nariz afilada; los dientes fuertes y regulares; un cuello blanco de la suavidad de la porcelana y una corbata moteada de color azul acerado para que combinase con sus ojos, como Tietjens sabía, sujeta con un pasador de oro.

Tietjens, en cambio, no se acordaba del color de la corbata que llevaba. Había ido de la oficina a sus habitaciones en un coche de punto, se había puesto una chaqueta amplia hecha a medida, unos pantalones y una camisa cómoda, y había metido a toda prisa, aunque de forma metódica, un gran número de cosas en una enorme bolsa de viaje con asas que podía echarse en un furgón de cola si hacía falta. No le gustaba que «ese hombre» tocase sus cosas; como no le había gustado que la doncella de su mujer le hiciera la maleta e incluso le disgustaba que un mozo de cuerda le llevase la bolsa de viaje. Era un *tory* y, como no le apetecía cambiarse de ropa, ahí estaba, de viaje, vestido ya con sus grandes botas marrones de golf ribeteadas y claveteadas, inclinado hacia delante sobre el borde del almohadón, con las piernas separadas, una inmensa mano blanca en cada rodilla... y meditando distraído.

Macmaster, por su parte, estaba recostado, leyendo unas cuartillas sueltas impresas, un poco rígido y con el ceño ligeramente fruncido. Tietjens sabía que aquél era para Macmaster un momento extraordinario. Estaba corrigiendo las pruebas de su primer libro.

Aquel asunto, como sabía Tietjens, tenía muchos matices sutiles. Si, por ejemplo, le hubiesen preguntado a Macmaster si se consideraba un escritor, él habría respondido con la mera sugerencia de un despreciativo encogimiento de hombros.

—¡No, mi querida señora! —Pues, por supuesto, ningún hombre le habría planteado semejante pregunta a alguien con tanto mundo como

él. Y habría continuado con una sonrisa—: ¡Nada tan eximio! Un mero aficionado a ratos. Tal vez un crítico. ¡Sí! Una especie de crítico.

Sin embargo, Macmaster se movía en salones que, con sus largos cortinajes, bandejas azules de porcelana, papel pintado con enormes dibujos, y grandes espejos, daban cobijo a las luengas melenas de las artes. Y, tan cerca como podía de las encantadoras señoras que ofrecían recepciones, Macmaster era capaz de disertar..., como toda una autoridad en la materia. Le gustaba que le escucharan con respeto cuando hablaba de Botticelli, Rossetti y aquellos primeros artistas italianos a quienes llamaba «Los Primitivos». Tietjens lo había visto allí. Y no le parecía mal.

Porque, aunque aquellas reuniones no fuesen propiamente la Sociedad, constituían una etapa en el largo y delicado camino hacia una carrera en los despachos ministeriales. Y, por muy poco interés que Tietjens creyera tener en carreras y despachos, comprendía, aunque sardónicamente, la ambición de su amigo. Era una amistad extraña, pero la rareza de las amistades con frecuencia son una garantía de su duración.

Como hijo menor de un terrateniente de Yorkshire, Tietjens estaba destinado a lo mejor —a lo mejor que pudieran permitirse los funcionarios y las personas de primera clase—. Carecía de ambiciones, pero esas cosas le vendrían dadas, tal como ocurre siempre en Inglaterra. De modo que podía permitirse ser descuidado con su atuendo, con las amistades que frecuentaba y con las opiniones que profesaba. Su madre le pasaba una pequeña renta personal; cobraba un sueldo del Departamento Imperial de Estadística; se había casado con una mujer con posibles, y, como buen *tory*, dominaba lo bastante los sarcasmos y desdenes para que le escuchasen cuando hablaba. Tenía veintiséis años, pero era muy corpulento, a la manera descuidada de Yorkshire, y arrastraba más peso del que su cuerpo necesitaba. Su jefe, sir Reginald Ingleby, escuchaba con atención cuando a Tietjens le daba por disertar sobre las tendencias públicas que influían en las estadísticas. A veces sir Reginald decía: «Es usted una enciclopedia de conocimientos prácticos, Tiet-

jens», y Tietjens pensaba que no se merecía otra cosa y aceptaba el tributo en silencio.

Por su parte, Macmaster, a una palabra de sir Reginald, murmuraba: «¡Tiene usted mucha razón, sir Reginald!», y a Tietjens le parecía perfectamente adecuado.

Macmaster era el más veterano en el puesto, igual que probablemente lo era en edad. Pues había una laguna en los conocimientos de Tietjens respecto a los años de su compañero de habitación, o a sus orígenes exactos. Era obvio que Macmaster era escocés de nacimiento, y uno lo aceptaba como lo que se llamaba un hijo de la parroquia. No había duda de que en realidad sería hijo de un verdulero de Cupar o un mozo de cuerda de Edimburgo. Eso carece de importancia entre los escoceses, y como él era muy reticente a hablar de sus ancestros, una vez se le aceptaba, no se hacían más preguntas, ni siquiera mentalmente.

Tietjens siempre había aceptado a Macmaster —en Clifton, en Cambridge, en Chancery Lane y en sus habitaciones de Gray's Inn—.² Y sentía un profundo afecto, e incluso gratitud por él. Y puede decirse que Macmaster correspondía a aquellos sentimientos. Desde luego, siempre había hecho todo lo posible por serle de ayuda a Tietjens. Ya en el Tesoro, cuando era secretario privado de sir Reginald Ingleby y Tietjens estaba todavía en Cambridge, Macmaster había llamado la atención de sir Reginald sobre las numerosas cualidades naturales de Tietjens, y sir Reginald, que estaba a la caza de talentos para su niño mimado, su recién fundado departamento, había aceptado enseguida a Tietjens como tercero a bordo. Por otro lado, había sido el padre de Tietjens quien había recomendado a Macmaster ante sir Thomas Block en el Tesoro. Y, de hecho, la familia Tietjens había colaborado con un poco de dinero —en realidad fue cosa de la madre de Tietjens— a que Macmaster estudiara en Cambridge y se instalara en la capital. Él a su vez había devuelto aquella pequeña suma al hacerle un hueco en sus habitaciones a Tietjens cuando le llegó el turno de instalarse en la capital.

Tratándose de un joven escocés la situación había sido perfectamente factible. Tietjens había podido acudir una mañana a su rubia, voluminosa y santa madre y decirle:

—Hola, mamá, quería hablarte de ese amigo mío, Macmaster. Necesita un poco de dinero para acabar sus estudios en la universidad.

Y su madre le había respondido:

—Claro, cariño. ¿Cuánto?

De haberse tratado de un joven inglés de extracción social inferior eso habría tenido resabios de compromiso de clase. Con Macmaster no había sido así.

Durante las últimas dificultades de Tietjens —cuatro meses antes de que la mujer de Tietjens le dejara para irse a vivir al extranjero con otro hombre—, Macmaster había ocupado un lugar que nadie más podría haber ocupado, pues la base de la existencia emocional de Christopher Tietjens era la más absoluta reserva, al menos con respecto a sus sentimientos. Tal como Tietjens veía el mundo, uno no «hablaba», y tal vez ni siquiera pensaba, acerca de cómo se sentía.

De hecho, la fuga de su mujer lo había dejado casi sin emociones y no había pronunciado más de veinte palabras sobre el particular. La mayor parte se las había dicho a su padre, quien, alto, fornido, muy erguido y con el cabello plateado, había ido a parar, por así decirlo, al salón de Macmaster en Gray's Inn, y, tras cinco minutos de silencio, le había dicho:

—¿Te divorciarás?

Christopher había respondido:

—¡No! Sólo a un canalla se le ocurriría someter a una mujer al suplicio del divorcio.

El señor Tietjens había hecho aquella sugerencia, y, tras un momento, había preguntado:

—¿Permitirás que ella se divorcie de ti?

Él le había respondido:

—Si ella quiere. Hay que pensar en el niño.

El señor Tietjens dijo:

—¿Transferirás su pensión al niño?

Christopher respondió:

—Siempre que pueda hacerse sin discusiones.

El señor Tietjens se había limitado a comentar:

—¡Ah!

Y unos minutos después había añadido:

—Tu madre está muy bien. —Y luego—: El arado mecánico no ha funcionado. —Y por fin—: Cenaré en el club.

Christopher dijo:

—¿Puedo invitar a Macmaster, señor? Dijo usted que le propondría como miembro.

—Sí, tráelo. Asistirá el viejo general ffolliott. Él le apoyará. Más vale que lo conozca.

Luego se había ido.

Tietjens consideraba que la relación con su padre era casi perfecta. Eran como dos miembros del club —el único club—; estaban tan de acuerdo que no necesitaban hablar. Su padre había pasado mucho tiempo en el extranjero antes de tomar posesión de su herencia. Cuando atravesaba los páramos para ir a la ciudad industrial que era de su propiedad, siempre iba en un coche tirado por cuatro caballos. Jamás se había conocido el humo del tabaco en el interior de Groby Hall: el jardinero jefe le llenaba al señor Tietjens doce pipas cada mañana y las colocaba entre los rosales del camino de entrada para que se las fumase a lo largo del día. Cultivaba sus propias tierras; había sido miembro de la Cámara por Holderness entre 1876 y 1881, pero no había vuelto a presentarse a las elecciones desde la redistribución de escaños;³ era el señor de doce feudos; de vez en cuando salía a montar con sus sabuesos y cazaba con cierta regularidad. Tenía otros tres hijos y dos hijas, y ahora contaba sesenta y un años.

Al día siguiente de la fuga de su mujer, Christopher le había dicho por teléfono a su hermana Effie:

—¿Te importaría hacerte cargo de Tommie⁴ por un tiempo indefinido? Marchant irá con él. Se ha ofrecido a ocuparse también de tus dos hijos menores, así que te ahorrarás una doncella y yo pagaré su alojamiento y un poco más.

La voz de su hermana —desde Yorkshire— le había respondido:

—Desde luego, Christopher. —Era la mujer de un pastor anglicano de cerca de Groby, y tenía varios hijos.

A Macmaster, Tietjens le había dicho:

—Sylvia me ha dejado por ese tal Perowne.

Macmaster sólo había respondido:

—¡Ah!

Tietjens había continuado:

—Voy a dejar la casa y a guardar los muebles en un almacén. Tommie se irá con mi hermana Effie. Marchant le acompañará.

Macmaster había dicho:

—Entonces necesitarás tus antiguas habitaciones. —Macmaster ocupaba un piso muy grande en uno de los edificios de Gray's Inn. Después de que Tietjens lo dejara para casarse, había seguido disfrutando de su soledad, aunque su criado se había trasladado del ático al dormitorio que antes ocupaba Tietjens.

Tietjens dijo:

—Me mudaré mañana, si es posible. Así Ferens tendrá tiempo de volver a su ático.

Esa mañana en el desayuno, cuatro meses después, Tietjens había recibido una carta de su mujer. Le pedía, sin la menor contricción, que le permitiera volver. Estaba harta de Perowne y de Bretaña.

Tietjens miró a Macmaster. Macmaster se había levantado de la silla y lo miraba con los ojos azules y acerados muy abiertos y le temblaba la perilla. Cuando Tietjens habló, Macmaster tenía ya la mano en el cuello de la licorera de cristal tallado llena de brandy que había en la caja de madera marrón donde guardaban los licores.

Tietjens dijo:

—Sylvia me pide que la deje volver.

—Tómate esto.

Tietjens estuvo a punto de decir «No» de forma mecánica. En lugar de eso respondió:

—Sí. Tal vez. Un vaso de licor.

Reparó en que el cuello de la licorera temblaba y chocaba contra el vaso. Macmaster debía de estar temblando.

Macmaster, todavía de espaldas, le preguntó:

—¿Vas a permitirle volver?

Tietjens respondió:

—Supongo que sí. —El brandy le calentó el pecho en su descenso.

Macmaster dijo:

—Será mejor que te tomes otro.

Tietjens respondió:

—Sí. Gracias.

Macmaster siguió con su desayuno y su correspondencia. Y lo mismo hizo Tietjens. Ferens entró, retiró la bandeja del beicon y puso sobre la mesa un plato de plata calentado al vapor que contenía bacalao y unos huevos escalfados. Mucho tiempo después, Tietjens afirmó:

—Sí, en principio, estoy decidido, pero me tomaré tres días para pensarlo con detalle.

Daba la impresión de carecer de sentimientos al respecto. Todavía le rondaban por la cabeza ciertas frases insolentes de la carta de Sylvia. Prefería una carta así. El brandy no alteraba su manera de pensar, pero parecía ayudarle a evitar los temblores.

Macmaster dijo:

—¿Qué te parece si nos vamos a Rye en el tren de las doce menos veinte? Podríamos jugar una partida después del té, ahora los días son largos. Quiero visitar a un pastor que vive cerca de allí. Me ha ayudado con mi libro.

Tietjens respondió:

—¿Tu poeta frecuentaba la amistad de clérigos? Pero, claro. Se llama Duchemin, ¿no?

Macmaster prosiguió:

—Podríamos pasar a visitarle alrededor de las dos y media. Tratándose del campo es una hora adecuada. Nos quedaremos hasta las cuatro con un coche en la puerta. Podemos estar en la salida del primer hoyo a las cinco. Si nos gusta el campo nos quedaremos hasta el día siguiente: el

martes iremos a Hythe y el miércoles a Sandwich. O podemos quedarnos en Rye los tres días.

—Probablemente me siente mejor ir de lado a lado —dijo Tietjens—. Tengo que revisar esos datos tuyos sobre la Columbia Británica. Si cogemos ahora un coche podría tenerlas listas en una hora y doce minutos. Así la Norteamérica británica podrá ir a la imprenta. No son más que las ocho y media.

Macmaster observó, con cierta preocupación:

—¡Oh!, pero no te dará tiempo. Puedo arregarlo con sir Reginald para que nos vayamos.

Tietjens dijo:

—Sí que me dará tiempo. A Ingleby le gustará que le digas que están terminados. Los tendré listos para que se los des cuando venga a las diez.

Macmaster dijo:

—Qué tipo tan extraordinario eres, Chrissie. ¡Casi un genio!

—¡Oh! —respondió Tietjens—. Estuve revisando tus papeles ayer, después de que te fueras, y tengo casi todos los totales en la memoria. Estuve pensando en ellos antes de irme a dormir. Creo que te equivocas al sobreestimar el aumento de la población de Klondike de este año. Los pasos de montaña están abiertos, pero no los está atravesando casi nadie. Añadiré una nota al efecto.

En el coche dijo:

—Siento molestarte con mis dichosos asuntos, ¿cómo te afectará en la oficina?

—En la oficina —respondió Macmaster— de ningún modo en absoluto. Se supone que Sylvia está acompañando a la señora Satterthwaite en el extranjero. En cuanto a mí, ojalá... —Apretó sus fuertes dientecillos—. Ojalá arrastrases a esa mujer por el fango. ¡Por Dios, cómo me gustaría! ¿Por qué dejar que destroce el resto de tu vida? ¡Ya ha hecho bastante!

Tietjens echó un vistazo por encima de la portezuela del coche.

Eso explicaba una cuestión. Unos días antes, un joven, un amigo de su mujer más que suyo, se le había acercado en el club y le había dicho

que esperaba que la señora Satterthwaite —la madre de su mujer— estuviese mejor. Ahora dijo:

—Ya veo. Lo más probable es que la señora Satterthwaite se haya ido al extranjero para disimular la fuga de Sylvia. Es una mujer sensata, aunque sea un mal bicho.

El coche de punto recorrió las calles casi vacías, pues era muy temprano para el barrio de las oficinas públicas. Los cascos del caballo resonaban con precipitación. Tietjens prefería un coche, pues los caballos eran para gente de buena familia. No tenía ni idea de cómo se habrían tomado sus dificultades sus compañeros. Averiguarlo habría supuesto romper una inercia sorda y poderosa.

Durante los últimos meses se había dedicado a tabular de memoria los errores de la última edición de la *Encyclopaedia Britannica* que había aparecido hacía poco. Incluso había escrito un artículo para una aburrida revista mensual sobre el particular. Había sido tan cáustico que en realidad no había dado en el blanco. Despreciaba a la gente que empleaba libros de consulta, pero el punto de vista resultaba tan extraño que su artículo no había irritado a nadie, salvo tal vez a Macmaster. De hecho le había gustado a sir Reginald Ingleby, a quien le había halagado pensar que tenía bajo sus órdenes a un joven con tan buena memoria y unos conocimientos tan enciclopédicos...

Había sido una ocupación agradable, como un largo duermevela. Ahora había llegado el momento de hacer averiguaciones. Inquirió:

—¿Y que hay de que haya dejado mi casa a los veintinueve años? ¿Cómo se ve eso? No volveré a tener una casa.

—Se considera —respondió Macmaster— que a la señora Satterthwaite no le gustaba Lowndes Street. Problemas con las tuberías. Eso explica su enfermedad. Puedo añadir que sir Reginald lo aprueba por completo, incluso de manera expresa. No cree que un joven funcionario casado deba mantener una mansión cara en el distrito suroeste.

Tietjens dijo:

—Maldito sea. —Luego añadió—: Aunque probablemente tenga razón. —Por último concluyó—: Gracias. Es todo lo que quería saber.

Los cornudos siempre han tenido cierto descrédito. Y con razón. Un hombre debería saber retener a su mujer.

Macmaster exclamó nervioso:

—¡No! ¡No!, Chrissie.

Tietjens prosiguió:

—Y un despacho ministerial de primera clase se parece mucho a un colegio privado. Podría objetar a tener entre sus miembros a un hombre a quien su mujer se la pega. Recuerdo lo mucho que se enfadó Clifton cuando los jefes decidieron admitir al primer negro y al primer judío.

Macmaster dijo:

—Preferiría que no siguiesen.

—Recuerdo a un tipo —continuó Tietjens— que tenía sus tierras junto a las nuestras. Se llamaba Conder y su mujer le era infiel de forma habitual. Pasaba fuera tres meses al año con un tipo. Conder jamás movió un dedo, pero todos teníamos la sensación de que Groby y los alrededores se habían vuelto inseguros. Se nos hacía raro invitarlo a él, por no hablar de ella, a nuestro salón. Era muy molesto. Todo el mundo sabía que los hijos pequeños no eran de Conder. Un tipo se casó con la hija menor y se hizo cargo de la casa. Y nadie fue a visitarla jamás. No fue racional ni justo. Aunque, en realidad, por eso mismo la sociedad desconfía del cornudo. No sabe si le obligará a hacer algo irracional e injusto.

—Pero tú —dijo Macmaster verdaderamente angustiado— no irás a dejar que Sylvia se comporte así.

—No lo sé —respondió Tietjens—. ¿Cómo voy a impedirselo? Ten en cuenta que, en mi opinión, Conder hizo bien. Esa clase de calamidades ocurren por voluntad divina. Un caballero tiene la obligación de aceptarlas. Si la mujer no quiere divorciarse, él debe aceptarlas, y empiezan las murmuraciones. Pareces habértelas arreglado muy bien esta vez con la ayuda de la señora Satterthwaite, pero no siempre estarás ahí. Y yo podría conocer a otra mujer.

Macmaster exclamó:

—¡Ah!

Y al cabo de un momento:

—¿Y entonces?

Tietjens respondió:

—Dios sabe..., también hay que tener en cuenta a ese pobre diablillo. Marchant dice que empieza a hablar con un marcado acento de Yorkshire.

Macmaster dijo:

—De no ser por eso... Podría ser una solución.

Tietjens respondió:

—¡Ah!

Al ir a pagar al cochero, delante de un portal de cemento gris con un arco a dos aguas, se le acercó y le dijo:

—Le ha dado a la yegua menos regaliz en el pienso. Ya le dije que le iría mejor.

El cochero, de rostro escarlata y brillante, con un sombrero reluciente, un abrigo raído y una gardenia en el ojal, respondió:

—¡Ah! Estaba seguro de que lo recordaría, señor.